

Lunes 17 de abril 2017

Octava de Pascua

“Servir es la mejor manera de amar.”

Hch 2,14.22-23 Escuchad mis palabras y enteraos bien de lo que pasa.

Sal 15,1-2.5.7-11 Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

Mt 28,8-15 Jesús les salió al encuentro y les dijo: ¡Alegraos!

David murió y lo enterraron, y conservamos su sepulcro hasta el día de hoy. Pero era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo; cuando dijo que a ese no lo entregaría a la muerte ni le haría ver la corrupción.

¡Cuántos niegan la resurrección porque dicen: si era como nosotros, murió como todos morimos, entonces lo enterraron y ya está! Sin embargo la palabra de Dios nos dice: **su carne no conoció la corrupción**. Pues bien, Dios resucitó a este Jesús, de lo cual nosotros somos testigos. Pues ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido, y lo ha derramado en nosotros y, por eso, lo estáis viendo y oyendo vosotros.

Reencontrarme con Dios a través del hombre, contemplado al hombre desde la mirada amorosa de Dios. Regalemos la experiencia de un Dios, que nos ha creado por amor. Que se hizo hombre por amor y que sigue amándonos incondicionalmente. Hemos vivido tiempos de bienestar, pero no hemos logrado la generosidad; no ha suscitado corazones que acojan la necesidad del hermano. Hemos querido asentar la paz, la verdad, la libertad en dioses de barro, y eso nos lleva al conflicto.

Nosotros, al tener presente al Señor, no vacilamos, tenemos la certeza de que vive en nosotros si le dejamos. Por eso el corazón está alegre y la boca no puede callar y la carne está tranquila porque descansa esperanzada en él.

¡Qué pena que el hombre se cierre a Dios, que lo eche de su vida! Se pierde la esperanza, ya que no sabe dónde ponerla.

Sábado 22 de abril 2017

Octava de Pascua

“La escucha es fundamental en nuestra relación con Dios.”

Hch 4, 13-21 Pedro y Juan eran hombres sin letras ni instrucción.

Sal 117, 1.14-21 Dad gracias al Señor porque es bueno.

Mc 16, 9-15 Se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios.

En un principio no entendieron a Jesús, pero guardaron sus palabras en el corazón, y llegaron a entender cuando acogieron al Espíritu. Nuestra fe mediocre está llamada a aprender de nuestros hermanos perseguidos, martirizados. Son las pruebas, las tribulaciones las que manifiestan nuestra fe.

Nuestro pecado está en que somos duros de mollera para creer. ¡Cuánto nos cuesta creer la Palabra de Dios! Y sin embargo, ponemos nuestra confianza en la ciencia o en ideologías o en “historias”, pero las cosas de Dios..., es otra cosa y ponemos reparo o la rechazamos sin más.

¿Puede aprobar Dios que os obedezcamos a vosotros en vez de a él? Juzgado vosotros. Nosotros no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído.

Es preciso pasar por una experiencia para reconocer al resucitado. La carne es torpe para ver y reconocer, pero una vez visto y oído, nos convence y seduce, se goza su presencia. Esa alegría es la que se anuncia, precisamente a los que están de duelo y llorando. Aunque en principio no crean. También se apareció en figura de otro a dos de ellos y les dijeron su vivencia pero no los creyeron.

Cuando se apareció Jesús a los Once, les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado.

Y les dijo: Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación.

Miércoles 19 de abril 2017

Octava de Pascua

“Usamos mucho la cabeza y poco el corazón.”

Hch 3, 1-10 Agarrándolo de la mano derecha lo incorporó.

Sal 104, 1-4. 6-9 Dad gracias al Señor, invocad su nombre.

Lc 24, 13-35 Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos.

Sus ojos no eran capaces de reconocerlo. ¿Por qué no lo ven, por qué no lo reconocen? Porque están en sus planteamientos, su forma de pensar es como la del mundo. ¡Qué necios y torpes somos para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera para entrar en su gloria?

Pero cuando tenemos a alguien que nos seduce con sus palabras y nos convence, le abrimos el corazón: **Quédate con nosotros.** Lo sentamos a nuestra mesa y nos enamora, nos da su pan, su palabra, su amor. Esta situación realmente es una bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él nos deja con nuestros problemas, inquietudes: desaparece. Es su recuerdo, el gozo vivido el que no solo nos da confianza, sino también esperanza. Ciertamente arde el corazón cuando nos hablan del amado. Y no podemos por menos que compartir la alegría de lo vivido.

Su presencia nos llena de gozo: **se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa serena.**

Conoceré que tú me amas, si mi enemigo, el Diablo, no triunfa sobre mí, si tu amor es más fuerte. Tú me sostendrás, porque soy inocente, y me tendrás en tu presencia eternamente (Sal 40,12-13).

¿De dónde saca Jesús su enseñanza? Del Padre: Yo siempre hago lo que me dice mi Padre, lo que le agrada. El problema está en la falta de fe de los demás, que le impide enseñar y compartir (Mc 6,1-6). Su carne es como la nuestra y él busca el amor del Padre, ¿qué hacemos nosotros? Dejémonos tocar por Jesús. Cree, no tengas reparo. El que para ti no haya Dios, no quiere decir que Dios no exista.

Jueves 20 de abril 2017

Octava de Pascua

“Lo nuestro no es una profesión, sino una vocación.”

Hch 3, 11-26 El paralítico curado seguía aún con Pedro y Juan.

Sal 8,2a.5-9 ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano, para darle poder?

Lc 24, 35-48 Habían reconocido a Jesús al partir el pan.

Rechazamos a Cristo Jesús y vamos detrás de quienes nos persiguen. Matamos al autor de la vida, al matar al niño fruto de su amor. Pero Dios resucita a quien se deja resucitar. Nosotros somos testigos, porque hemos sido bautizados para que se borren nuestros pecados y reconciliados por su amor, su perdón, su misericordia.

Vosotros sois los hijos de la alianza que hizo Dios con vuestros padres, cuando le dijo a Abrahán: Tu descendencia será la bendición de todas las razas de la tierra. Nos llamamos hijos, porque lo somos. Resucitó al Hijo para que nosotros en él y por él recibamos la bendición y con él nos apartemos del pecado.

Escuchar su palabra y tratar con él a solas, como enamorados es porque se nos hace presente, y cuando compartimos nuestra fe, él nos restituye la fraternidad, porque es él, el que nos hace ser hermanos. Y la paz se hace realidad. Nos hace comprender mejor las Escrituras porque nos enriquecemos los unos a los otros.

Más que una afirmación es preciso hacerse la pregunta: ¿Soy testigo de esto?

Cuando endurecemos el corazón, atrofiarnos la mente y crucificamos a los demás con nuestras actitudes. Sin embargo, ahí está el Resucitado saliendo a nuestro encuentro. Si ha dado la vida por cada uno, ¿cómo nos puede olvidar?

Nadie puede salvarse ni dar a Dios un rescate (Sal 48). Es tan caro el rescate de la vida, que nunca podremos pagarlo sin bajar a la fosa. El hombre no puede si no es rescatado, salvado.

Viernes 21 de abril 2017

Octava de Pascua

“Cuando se ama la verdad se encuentra en la Palabra de Dios.”

Hch 4, 1-12 Por su nombre, se presenta éste sano ante vosotros.

Sal 117,1-2.4.22-27 Bendito el que viene en nombre del Señor.

Jn 21, 1-14 «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis».

¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho eso? Pedro, lleno de Espíritu Santo, dijo: Cristo Jesús. Y Pablo añade: no hay ningún otro pueda salvar; bajo el cielo, no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos.

¡Cuántas veces nos animamos a hacer cosas y no sale como queremos, porque vamos solos, necesitamos a Jesús!

En el amanecer de nuestro vivir se nos hace la luz, es Jesús el que se presenta y muchas veces no nos damos cuenta, que Jesús está con nosotros. El discípulo que ama mucho, es el que reconoce su presencia.

Simón Pedro se encontraba desnudo, porque al ir al trabajo había prescindido de Jesús. Le había pasado como a Adán y Eva, cuando prescindieron de Dios. En nuestra torpeza y debilidad vamos por la vida a nuestro aire, según las apetencias. Es la presencia de Jesús la que nos hace darnos cuenta de cómo estamos: Pedro se ciñó la túnica y obedeció, se echó al agua a por la barca y sus peces.

¿Qué es lo que enseñaban al pueblo? Lo que ellos vivían, y anunciaban a Jesús, aquel que les hacía vivir el gozo de ser tan amados. Ya no eran muertos vivientes, vivían la resurrección de los muertos por el poder de Jesús.

Cuando los discípulos pisan tierra, Jesús ya les está esperando con la comida y les pregunta por los peces: Traed de los peces que acabáis de coger. Es la nueva responsabilidad de los discípulos que se convierten en apóstoles. Traed el fruto de vuestro amor.

Es el Resucitado que viene en ayuda nuestra.

Demos gracias al Señor porque es eterna su misericordia.

Martes 18 de abril 2017

Octava de Pascua

“Equilibrar el corazón con la razón.”

Hch 2, 36-41 ¿Qué tenemos que hacer, hermanos?

Sal 32, 4-5. 18-20.22 La misericordia del Señor llena la tierra.

Jn 20, 11-18 Fuera, junto al sepulcro, estaba María, llorando.

Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio... donde había estado el cuerpo de Jesús. Pensaba que se lo habían llevado. Pero mira y ve a un hombre de pie, pero no sabía que era Jesús. ¿Por qué no sabía que era Jesús? Porque no se lo habían dado a conocer.

¿A quién buscas? ¿Qué buscamos? Necesitaba verlo, pero, para verlo y reconocerlo, alguien se lo tenía que dar a conocer. Necesita la experiencia de hacerlo presente. La fe viene por la predicación y la Palabra se hará presente, pues el Espíritu que se nos ha dado nos lo hará ver.

Pero es preciso escapar de esta generación perversa, que oculta la verdad, nos oculta el rostro de Dios; no nos dejemos manipular.

Escuchemos su voz: ¿Por qué lloras? ¿Por qué te dejas hostigar por tu enemigo?

Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. La promesa vale para vosotros y para vuestros hijos y, además, para todos los que llame el Señor, Dios nuestro, aunque estén lejos. Convertíos y bautizaos todos en nombre de Jesucristo para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo.

Anda, ve a mis hermanos y diles: Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro. He visto al Señor y ha dicho esto: Anuncia lo que el Señor ha hecho contigo, que ha tenido misericordia de ti (Mc 5,19). *“El alma que anda en amor, ni cansa ni se cansa”* (S. Juan de la Cruz). Si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué mérito tenéis, qué hacéis de extraordinario? (Mt 5,47).

Aquí estoy para hacer tu voluntad (Sal 39).

Domingo 23 de abril 2017

La Divina Misericordia

"¡Levantemos el corazón hacia el Señor!"

Hch 2,42-47 Eran constantes en escuchar la enseñanza...

Sal 117,1.14-21 Te doy gracias, porque me escuchaste y fuiste mi salvación.

1P 1,3-9 Elegidos por Dios Padre para ser santificados por el Espíritu.

Jn 20,19-31 La paz esté con vosotros.

La santificación viene por la obediencia a la Palabra y purificados por su sangre. Esto nos hace tener una esperanza viva, que nos hace estar alegres, a pesar de las tribulaciones, y por ellas estar más firmes en la fe, y damos gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Jesús nos ofrece el cáliz que él mismo ha de beber, y sólo derramarán su sangre los que participan, los que se dejan amar primero: serán muchos, pero no son todos.

Es Dios el que activa en nosotros el querer y el poder para amar (Flp 2,12-13). El Señor, tu Dios, te eligió para que fueras suyo, y él mantiene la alianza.

Los que tienen firme la fe, los robustos, que carguen con los problemas de los endebles y no busquen lo que les agrada. Demos satisfacción al prójimo en lo bueno, mirando siempre lo constructivo (Rm 15,1-3). Porque los que aman a Dios, todo les sirve para el bien (Rm 8, 28).

Es normal que tengamos miedo a la entrega, porque conocemos los riesgos, pero no nos falta aquel que nos muestra el camino y obtiene el gozo de la resurrección. Nos muestra en sus heridas, lo que le ha costado la entrega; pero también que el gozo y la alegría es mayor y para siempre. El Padre me amó y me envió, así hago yo con vosotros; primero el amor, para que tengáis fuerzas para el sí y después el envío: Recibid el Espíritu Santo.

Pautas de oración

Su misericordia nos capacita



Para decir: Sí, hágase tu voluntad.

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES